tan corto tiempo, no lo han tenido para disgustarme: velareis para conservar intactos mis derechos, y todos los años enviareis mis rentas y vuestras cuentas á Mr. Schmid, que tendrá cuidado de remitírmelas.

Conrado procuró escusarse, alegando su ignorancia en materias de economía rural; pero su modestia no le sirvió de nada: ambos ancianos insistieron con la mas afable bondad. Conrado entonces hizo la observacion de que le parecia corto el sueldo, atendida la responsabilidad que se le imponia. Mr. de Wallenroth, firme en sus ideas, ensalzó su capacidad, le rogó que aceptase, y concluyó por aumentar en un duplo los seis mil escudos. Conrado estaba aturdido, pero al mismo tiempo contento.

—¡A quién soy deudor de esta ilimitada confianza? decia.

Mr. de Wallenroth, señalando con el dedo á Mr. Schmid:

—El corazon de ese hombre escelente, dijo, y el mio, no forman mas que uno.

El convenio se hizo en regla, y se formalizó la escritura correspondiente: Mr. de Wallenroth incluyó en ella una cláusula á la cual daba mucha importancia.

—Todos estarán sujetos á vuestras órdenes, dijo, escepto una persona á quien amo mucho, á pesar de que apenas me conoce; debia á su difunto marido muchos favores y consideraciones. Esa persona es la viuda de un honrado párroco, y su nombre es Walter. No posee bienes algunos, ni cuenta mas que con una pension vitalicia que le he señalado, y con la habitacion y el alimento que le he concedido en mi casa de Alleck. Habitareis bajo un mismo techo; es la muger mas amable de este mundo, y espero que vivireis en buena armonía con ella.

Conrado no tuvo que oponer objecion alguna á semejante cláusula, y si lo hemos de decir todo, estaba muy satisfecho de encontrar en Alleck una muger que pudiese dedicarse al manejo de las minuciosidades domésticas que solo ellas conocen.

Aquella misma semana, Mr. de Wallenroth y Conrado se trasladaron á Alleck, y se hizo la instalacion con todas las formalidades de costumbre. Mr. de Wallenroth solo se detuvo un dia, y dejó al nuevo juez con madama Walter.

La casa señorial, que así la llamaban, estaba cómodamente situada en el centro de un jardin, sobre una colina que dominaba el pueblo. Las cuadras, los atrojes y un espacioso patio, formaban un cuadro perfecto: en todas partes se veia el mayor órden, y en la casa señorial la mas esmerada limpieza. Habíanse reservado para el señor juez verias piezas, aunque sencillas, distribuidas con sumo gusto, y bastante buenas. No faltaba nada en ellas; y no se habia olvidado una pequeña biblioteca y hasta un piano. En ninguna parte se veia un átomo de polvo, y el pavimento brillaba á fuerza de estar limpio. La señora Walter habia arreglado del modo mas agradable la casa, el jardin y la despensa.

La señora Walter era una muger séria, pero de mucha viveza; tendria cerca de cuarenta años, y manifestaba haber recibido buena educacion. La palidez de su rostro y su mirada un poco triste, indicaba que poseia la desconsoladora esperiencia de la vida. En su presencia nadie se encontraba embarazado: desde los primeros dias, Conrado la trató como si hiciese ya muchos años que la conocia, le enseñó la casa y sus alrededores: le enteró de las obligaciones de los diferentes criados, y no tardó mucho en iniciarle en lo pertenecciente á su jurisdiccion.

Puede muy bien vivirse con esta muger, decia entre sí Conrado pasados algunos dias, y procuraba adivinar por qué razon daba Mr. de Wallenroth tanta importancia á aquella cláusula, que al principio habia temido un poco.

(*Continuará.*)

VARIEDADES.

INFLUENCIA
DE LAS DOCTRINAS
SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO II.

En los números anteriores paseamos la vista sobre las diversas especies de doctrinas consideradas en sus relaciones é influjo con la sociedad. Materia es esta inagotable, extensísima, inmensa, y no pocos dias pasariamos, y muchos artículos tendriamos que escribir si intentásemos recorrerla y presentarla en toda su latitud y grandor. Así que, como echaron de ver nuestros lectores, únicamente nos paramos en los mas altos y notables puntos, y que ofreciendo de sí mas variedad y riqueza, tuviesen un interés y una importancia grave á todas luces y trascendental.

La historia del entendimiento humano, la crónica de la filosofía y de las doctrinas es sin duda dilatadísima, variada de suyo y grande. ¿Y cómo descubrir, cómo contar la multitud de escuelas y doctrinas que han pasado por estas altas esferas, por esas encumbradas regiones de la ciencia, brillantes y luminosísimas las unas, negras y oscuras las otras, olvidadas y aun desapercibidas las mas? ¿Cómo mostrar con exactitud y señalar con precision los errores, las aberraciones, los delirios á que se han entregado los hombres en los diversos tiempos y en los distintos estados? ¿Cómo calcular sus resultas? ¿cómo graduar su influencia? ¿cómo alcanzar sus consecuencias? ¿cómo señalar, cómo pesar y medir el bien que han producido, y el mal que han causado en la civilizacion de los pueblos? No, esto no lo consiente la debilidad de nuestras fuerzas, ni lo permite este artículo: y aun cuando tal cosa intentásemos, y nos sintiésemos con la robustez para ello necesaria, nos falta rian un sinnúmero de datos para completar la obra, é imposible nos fuera enriquecer el cuadro con todas sus imágenes, y presentarlo en todo su grandor y extension.

Sin embargo, no queremos dejar la comenzada tarea, ni torcer nuestro camino, sin hacer algunas observaciones, cuyo interés es en verdad incontestable, y que por otra parte están enlazadas con las ideas emitidas, y con las observaciones que consignamos en los artículos anteriores.

Lo primero que ante todo ocurre es la diferencia que va de las doctrinas religiosas, sociales y morales, á las naturales, físicas y exactas; diferencia que no se percibe sino en confuso, cuando se miran los objetos por la superficie; pero que en cuanto se penetra en su interior, se ve con toda claridad; ya en lo que mira á su índole y naturaleza, ya en lo que con-

cierne y atañe á la influencia que ejerce el error ó la verdad de las doctrinas mismas; sus consecuencias y resultas.

Inútil es decir, puesto que el alma así lo siente, y todas las generaciones de la tierra en alta voz lo han proclamado, que á mas de ese mundo físico en medio del que el hombre nace, vive, crece, se desarrolla, y últimamente muere ejerciendo las funciones y cumpliendo los destinos que por la naturaleza le están designados, hay otro mundo moral, grande tambien y vasto como aquel, misterioso, sublime, y aun si cabe mas incomprensible para el entendimiento que aquel; que tiene sus leyes como aquel, sus tempestades como aquel, y en el que reina tambien la armonía y el concierto, turbado con frecuencia por el desconcierto y el desórden.

El error no puede manchar la belleza, no puede romper y destruir la armonía del mundo físico, así como puede alterar y destruir, y de hecho no pocas veces altera y destruye el órden y la paz del mundo social y moral. Porque por mas estrañas que sean las ideas, por mas que sean raros y chocantes los sistemas que el entendimiento conciba en el estudio de la naturaleza y para la explicacion de sus fenómenos; los fenómenos se realizan del mismo modo, en el mismo teatro; y la naturaleza sigue tranquila, magestuosa su curso, sin que la afecten los sueños del hombre, ni interrumpan su magnífica carrera la insensatez y los delirios de la humana razon.

No así acontece en el órden social y moral. Sembrad en el entendimiento ideas falsas, que bien presto se convertirán en deseos malignos; ó encended en el corazon pasiones funestas, que al instante las vereis elevadas en doctrinas erróneas; ya que entre la cabeza y el corazon hay una relacion continua y estrecha, mayor sin duda de lo que á primera vista parece; y notareis que el entendimiento pierde la luz, el alma el sosiego, la sociedad el equilibrio; notareis que todo se anubla y tiembla; que se quebranta la armonía, que se desvanece y cesa aquel órden y apacible concierto, que es la primera necesidad del hombre y la ley general del mundo. ¡Ah! los torbellinos de Descartes no conmovieron y trastornaron la naturaleza, así como conmovieron y trastornaron los Estados las doctrinas democráticas de Rousseau.

Bien se conoce de ahí, con qué detenimiento y pulso debe procederse en la esposicion de los sistemas morales y sociales, y en la creacion de nuevas teorías; aparte las creencias religiosas, campo sagrado, inmenso, cuyos lindes son un abismo, al acercarse á las cuales debe ir con gran tiento la razon, no sea que se resbale y precipite.

Esta materia que jamas carece de interés, tiene una importancia mayor hoy en que el génio del siglo y el espíritu de le filosofía que va declinando, y que algun dia desaparecerá en el eclipse ha confundido en cierto modo las ciencias físicas con las ciencias morales, dando á aquellas una importancia tal, y atribuyéndolas un dominio tan extenso, que ha redundado en deslustre y menoscabo de estas últimas. Así que, en obsequio de la verdad, y para hacer justicia y tributar el verdadero homenage á uno de los mas altos y sublimes estudios del hombre, siquiera por un momento haremos alto en este lugar.

No data de una época muy remota la aficion decidida al estudio de las ciencias naturales y exactas. Como quiera, ora sea por los descubrimientos que ha hecho el espíritu de observacion y de exámen; ora sea por la aplicacion que de ellos han recibido la maquinaria y la industria, aplicacion á su vez exigida por las nuevas necesidades y por el distinto rumbo que en esta parte como en otras la sociedad ha tomado; ora sea por la escasa importancia que dió una política, que aun es el norte de no pocos gobiernos, y el alma de algunas sociedades á las virtudes de un estado, fijando solo la vista y volviendo toda su atencion al grandor material y á su fuerza pecuniaria; ya sea por otras causas que todos concurren al propio punto y juntas conspiran al mismo fin; lo cierto es, que las ciencias físicas, naturales y exactas, olvidadas como estaban antes, miradas con frio interés, y con una indiferencia, injusta á la vez y perjudicial, hija de prevenciones que se desvanecieron ya, han adquirido desde el último siglo una alta prepotencia, y un dominio, que si se nos permite la frase, llamaremos hasta tiránico, como que tiende á tener bajo su jurisdiccion las ciencias morales, comunicándolas su mismo espíritu y vistiéndolas con sus propias formas. El mismo análisis, el mismo método, la misma lógica, el mismo lenguaje de las frias y descarnadas ciencias, de la anatomía y del cálculo, quiso atribuirse a los altos y nobles estudios del alma y de la sociedad; como si ciencias tan sublimes pudiesen medirse con la misma escala con que se miden aquellas, y como si el sentimiento, llama purisísima, que al paso que enardece el corazon, ilumina el entendimiento, debiera apagarse aquí, porque no necesita su luz, ni ha menester su calor, el que solo está acostumbrado á manejar el escalpelo y el compás.

(Continuará.)

FANTASIA.

UNA ILUSION.

Triste resonaba y acompasado, el agudo y clamoroso címbalo que á los fieles convocaba á la oracion: solo el tardío eco de sus vibrantes tañidos, interrumpia la profunda calma, el absoluto silencio con que imponente el espacio, parecia querer intimidar á los débiles mortales. El refulgente astro del dia, ocultaba presuroso sus deslumbradores destellos, cual si huyera por no autorizar con su magestuosa presencia la insondable iniquidad de los hijos de la tierra; parecia ansioso buscar un mundo en que sus vivificadores y purpurinos rayos no se quebraran cual débil juguete en infantiles manos, y donde no manchara su bruñido disco con el impuro álito de los séres humanos. La tenebrosa oscuridad de la noche, tendiendo su funeral y túpido velo, iba reemplazando con bailadoras sombras y fatídicas visiones los puntos que antes luminosos abandonaba el astro matutino, al plegar su luciente cabellera.

Algunos débiles resplandores, tibias lumbreras de la noche, se mostraban en lo mas alto del firmamento, concediendo consuelo pasagero á la vista, que con ávida mirada buscaba un punto en que fijarse ansiosa. Sereno y en calma estaba todo, todo yacia! Solo en el opuesto horizonte y al lejano nivel donde le termina la reducida estension de la mirada, se veian agruparse ligeras nieblas que con perezosa lentitud se condensaban, empañando así la imperceptible claridad que avara permitia la azulada esfera.

Triste yo presenciaba este espectáculo, y lo miraba, como un hombre que enfermiza tiene su razon; lo miraba, sí; mas era con la indiferencia que inspira á todo lo creado, el que se siente herido con el mas agudo rayo del fatalismo y la desventura, lo miraba con la misma embriaguez que contempla el reo condenado al último suplicio, el implacable y sanguinario instrumento que ha de segar su garganta; con la misma estoica impasibilidad, que los mártires del cristianismo, al esperimentar los agudísimos dolores y maceraciones á que los obligaban á sucumbir.

Nada era bastante á arrancarme al letárgico decaimiento en que me ador-

mecia; solo en mi estancia y postrado en un hondo sillon, permanecia mi cabeza reclinada cual si fuera para mis hombros un enorme é insoportable peso, y lo era en verdad, porque padecia! la muerte misma no me hubiera distraido de las amargas y dolorosas impresiones que debilitaban mi espíritu; la muerte no, porque con ansia deseaba alejarme de este hemisferio de llanto y de afliccion.

Intensamente herido en mi mas caro afecto, dolorosamente punzada mi alma por el mas cruento dardo, nada podia fijarme de todo lo que en el mundanal torbellino se agita y confunde. La noche, única compañera y amiga fiel del desgraciado, me convidaba generosa á depositar en su secreta confidencia el pesar que mi llanto ahogaba y enlutaba mi corazon.

Tanto era; y cual si los elementos nacieran de mi volcanizado pecho, ó pretendieran con él armonizarse, así desencadenando instantáneamente su terrible y comprimido furor, tributaban homenage á mi insensible estado.

Con estruendo sordo y pavoroso, comenzaba á rugir el estremecedor bramido del huracán que precede á la siniestra aparicion de la tempestad; entrecortados y pardos celages avanzaban por la infinita estension, ocultando con los pliegues de su vaporosa vestidura las apagadas constelaciones celestes; gruesas y precipitadas gotas de agua produciendo al caer en el suelo un susurrante y campanudo sonido, se desprendian de la nube misma que rasgándose con fosfórica rapidez, se mostraba inflamada, cual el cráter de un volcan al vomitar la ardiente lava que elabora en sus entrañas, y lejano y amenazador retumbaba con hórrido zumbido la detonacion que acompaña á las pálidas llamaradas de las emanaciones eléctricas.

Este otro espectáculo acordaba mas con mi situacion, y adormecido y presa del mas funesto letargo, de la mas reprimida angustia, permanecia asombrado, sin sensaciones y cual si gimiera bajo el peso de la divina maldicion.

El mas implacable de los hados me arrancó de un golpe todas mis ilusiones, eclipsó la rutilante *estrella*, faro de mi ambicion, que me unia á la vida cual un eslabon con otro que forma la cadena; mas aun; fatal signo! me restaba el postrero golpe, aun tenia reservado para mí en su fondo la copa de la amargura una gota que apurar, aun tenia que sufrir la horrible prueba de verme frente á frente entre la realidad desnuda, ante una realidad que mis sentidos rehusaban penetrar.

Dormia; mis fatigados miembros descansaban al arrullo de la tormenta, con la misma calma y tranquilo sueño en que reposan las almas vírgenes que solo descubren risueñas imágenes y dorado y venturoso porvenir; semejante efecto ocasionan las mas divergentes sensaciones; mas de pronto, cual si sedienta ni nefanda suerte no se cansara de verme padecer; cual si ardiendo en ira envidiara la escasa tregua concedida á mi mortal quebranto; cual si aún se holgara en contemplar mi sufrimiento, burlándose con sonrisa sarcástica, aun me deparó una pesadilla celestial que con mas dureza me lanzó en la sima que á mis piés se abria.

Soñaba, sí. . . pero soñé que arrebatado por impalpables y voladores mensageros, y que trasportado en alas invisibles, hendia el viento, y salvando con mágica rapidez las ilimitadas distancias, soñé que penetraba en una fantástica mansion, do una dulce y divinal antorcha presta sus matizados resplandores para descubrir y leer en el surco mas recóndito del corazon, do se estiende la mirada sin obstáculo que impida su peregrina penetracion, y donde suaves y dulcísimas armonías embriagan el alma con melodiosas cadencias, difundiendo por todo el ser humano el mas sublime de los consuelos.

Allí, ante aquel encantador y célico espectáculo, ante aquella continuada primavera que ostentaba envanecida

y ocultas hasta entonces para mí sus encubiertas galas, ante aquel venturoso clima que sus moradores desconocen, por no sufrir jamas las heladas brisas del invierno, ni los sofocantes ardores del estío, ante aquella eternal felicidad en que sonrien y de incomprensible espresion aun para las mas ardientes imaginaciones, sentia desvanecerse mi cabeza sin poder esplicar lo que mis ojos absortos contemplaban.

Cruzó rápidamente una idea por mi mente y busqué anheloso tocar la realidad que mi agitado espíritu retrataba, corria tras el emblemático ser que agitó mi corazon, tras mi *estrella*, tras la *estrella* que cual la que guió á los santos reyes del Oriente á la adoracion del tierno y divinal infante, debia guiarme y ser mi norte en la escabrosa senda de la vida, y en las sinuosidades del mundo. Busquéla y la hallé, vino á mi encuentro cual una exhalacion desprendida de la celeste cumbre, y á su aparicion sentí desfallecer, flaquear mis debilitadas rodillas, y hubiera caido cual piedra lanzada por desoladora nube, si no me sostuviera una fuerza singular, como la que suspende un objeto solicitado por varias masas de uniforme gravedad.

La hallé; mas qué hermosa! Risueña y sonrosada cual tierna flor del abril, cual fresco y lozano tallo que arrancado por el vendabal arroja sus tiernos retoños para brotar con mas fuerza, en mas frondoso jardin, la hallé apasionada cual siempre, encantadora cual nunca, y únicamente pude esclamar:

—Angel mio, quiero morir!

—No, morir no! ven á mis brazos, tu hora postrera aun no ha sonado, mas piensa en ella y nunca lejana te parezca.

—No importa; así mas pronto se ahogará mi pena.

—¡Insensato! no profanes con mundanales deseos la gloriosa estancia que te sustenta; no alimentes tan criminal y loco intento; piensa que estás en presencia de la Divinidad y que ultrajas y escitas con tan temerarios pensamientos su omnipotente poder.

Vive, vive aún, que aun te restará alguna sagrada mision que cumplir en la tierra, pues que el Señor no te ha llamado á su seno; vive, y no atentes contra el hilo de tus dias, que solo es dado cortar al que generoso te los otorgó.

(*Continuará.*)

QUIEN DA PRONTO,
DA DOS VECES.

Hallándose en Sicilia Tito, hijo del emperador Vespasiano, se le presentaron los diputados de la ciudad de Tarsis con una solicitud que interesaba altamente al bienestar de sus conciudadanos. Tito, despues de haberse enterado de la solicitud, les contestó que la tendria presente cuando estuviese en Roma y que les prometia interceder con su padre todo lo posible para que dicha solicitud tuviese su efecto. Esta respuesta parecia favorable y satisfactoria; pero Apolonio de Tiane, que era uno de los diputados, no quedó satisfecho, y con toda la libertad de un verdadero filósofo, replicó al emperador.

—Señor, si en este momento os trajesen algunos reos que hubiesen conspirado contra vuestra persona y contra el imperio ¿qué es lo que tendrian que esperar de vos?

—Que los sentenciase á muerte en el acto, contestó el príncipe.

—¿Y qué, continuó el filósofo, no es una cosa verdaderamente abominable, vengarse en el momento y dejar los favores para mas adelante? ¿decidir por vos mismo de la imposicion del castigo y esperar órdenes de otro para dispensar los beneficios?

Tito no pudo menos de convenir en la exactitud de la observacion, y sin

cuidarse del tono reprensivo del filósofo, al instante concedió á los ciudadanos de Tarsis todo lo que solicitaban, conociendo que muchas veces, mas que lo que se concede, importa la prontitud en dispensar el beneficio.

SIÓNO.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VÍSPERA.

(CONTINUA.)

"Es verdad que es muy posible vivir con esta muger, pensó al cabo de algunas semanas que fueron suficientes para connaturalizarle con Alleck. Profesaba un verdadero respeto á la señora Walter, y cuando concluidos sus quehaceres por la mañana y por la noche se sentaba con ella á la mesa, lo tenia por una felicidad, pues no la veia hasta entonces. Solia comer tambien con ellos el administrador, buen sugeto, pero algo aficionado á cumplimientos. Todos hablaban bastante: el administrador de economía, Conrado de sus viages, y la señora Walter los encantaba á ambos con su dulzura y talento. Conrado se encontraba tan complacido con su situacion, que escribió al banquero Schmid una carta dándole las mas espresivas gracias. "No apetezco, le decia, una suerte mas agradable: soy feliz desde que me habeis colocado en posicion de poder hacer mucho bien, lo que sucederá en cuanto me encuentre enterado á fondo de mis funciones. Los hombres son aquí tan agrestes como el terreno: ¡cuánto me felicitaré de civilizarlos un poco! . . . Espero conducirme á satisfaccion de Mr. de Wallenroth."

Pero las flores se marchitan pronto, y la alegría no permaneció mucho tiempo en el corazon de Conrado. La señora Walter le habia dicho que tenia una hija, cuya llegada aguardaba de un momento á otro: aquella jóven vivia con una parienta suya en la ciudad inmediata.

Una tarde que volvia de un bosque á donde habia acompañado á los agrimensores, se encontró en el camino un carruage en que iban dos señoritas que al parecer venian de la casa señorial, y regresaban á la ciudad. Al entrar en el comedor, encontró al lado de la señora Walter y del administrador una jóven como de diez y seis años de edad, morenita, delgada, con la mirada llena de gracia. . . . Conrado se inclinó respetuosamente, como si estuviese delante de una divinidad. La hermosa forastera le devolvió el saludo un poco ruborizada.

—Os presento á mi hija Pepita, le dijo la señora Walter. Si nos acostumbramos á la fealdad ¿por qué no nos hemos de habituar á la hermosura? Habian trascurrido muchas semanas, y Conrado no se acostumbraba todavía á ver á Pepita. No era la misma dos dias seguidos; parecia que cada vez se renovaba. Conrado tenia la mas amistosa confianza con todas las personas de la casa; pero no le era posible conducirse del mismo modo con aquella jóven. A pesar de su método de vida, eran tan estraños el uno para el otro, como la noche en que se vieron por la vez primera. Conrado gustaba de conversar con ella, porque conocia que tenia talento ó ingenuidad, y que no era gazmoña ni presumida; pero cuando hablaba con ella le parecia que se colocaba entre los dos un abismo. Pepita recibia á todo el mundo con amabilidad; pero siempre era á Conrado á quien se la ocurria menos que decir, y al parecer se apercibia tan poco de aquella diferencia, que con frecuencia le manifestaba deseos de tener mas intimidad con él.

"La vida es aquí muy fastidiosa, pensaba Conrado: quisiera que Alleck estuviese en el Kamtschatka, y jamas

hubiera venido á él." Sin embargo, no llevaba las cosas al estremo de desear que Pepita fuese estraña á Alleck, y por ningun precio hubiera querido que le dejase. Y tanto mas temia el fastidio, cuanto que nunca le habia esperimentado. Ya habian sido medidas todas las tierras, y puso en práctica todos los procedimientos de economía rural: despues estableció una escuela é instaló en ella el maestro. Bien hubiera querido mudar al cura, con quien en un principio habia contado mucho para mejorar las costumbres y la moral de los habitantes; pero aquel santo varon desempeñaba sus funciones con muy poca cordura: cuidaba tan poco del alma de sus feligreses, como de los diezmos y de los huevos. Cuando Conrado le habló de mejorar la educacion de la juventud, y de hacer que fuese desapareciendo la rusticidad é ignorancia de los aldeanos, aprobó su proyecto riéndose, y chanceándose sobre las ventajas de semejante empresa. Al domingo siguiente declamó contra los sectarios, los anabaptistas, ateos, arrianos, socinianos, y demas que trataban destruir la religion con sus supuestas reformas.

Los habitantes de Alleck se hallaban de acuerdo con su párroco: su religion consistia mas bien en el temor al demonio que en el amor de Dios. En materia de economía doméstica y rural, seguian la rutina de sus padres, que segun decian, sabian tanto ó mas que ellos: por manera que todos eran igualmente pobres. Se alimentaban con patatas, bebian agua de pozo, habitaban en casas infectas, mezclados con las vacas que estaban muriéndose de flacas, y con sus hijos cubiertos de harapos. Eran poco complacientes con los estrangeros, y procuraban engañarlos: hipócritas con su párroco, y bajos y aduladores con los individuos de la casa señorial: entre sí, rencorosos, envidiosos, calumniadores, altaneros y mentirosos: tales eran sus costumbres.

Conrado conoció bien pronto el tono que debia usar con semejante clase de gente: mandó reducir á prision á una docena de ellos por faltas que habian cometido, y desde aquel instante le miraron como un hombre superior.

En cuanto fué adquiriéndose confianza, no tuvo dificultad en llevar á cabo sus proyectos. Primero trató hacer entender á sus subordinados que debian observar órden y buena conducta, porque parecian unos mendigos, con los vestidos llenos de agujeros: entonces se acordó de la educacion que recibiera de su venerable padre adoptivo, y de la anécdota del anciano caballero de la peluca blanca.

A escepcion de la costurera del lugar, no habia en él una muger que supiese manejar regularmente la aguja. Lo que no sabian las madres, mal podrian aprenderlo las hijas. Cuando se rompian por primera vez sus vestidos nuevos, dejaba que el agujero se fuese haciendo mayor, y al tratar de remediar el daño, ya no era posible; así era, que sus capotes y chaquetas estaban viejos antes de tiempo: ademas la suciedad era un vicio general que producia toda especie de enfermedades. Entre los harapos se encuentran con mas frecuencia las inclinaciones bajas y los vicios groseros: ¡á cuantas acciones viles suele dar ocasion un agujero en el codo?. . . El llevar los codos rotos conduce á muchos vicios que no son suficientes á desarraigar las declamaciones de un cura de aldea. Como en las clases elevadas las virtudes de las señoras dulcifican las costumbres de los hombres, del mismo modo era necesario empezar allí la reforma por las mugeres.

Así por lo menos lo pensaba Conrado. Su primer idea fué establecer una escuela de trabajo, en la cual se fuesen formando las jóvenes; pero temiendo la costurera que se le concluyesen sus medios de subsistencia, se negó á popularizar su oficio. La costurera, pues, á pesar de los elogios que su marido prodigaba á la idea del señor juez, alegó que le faltaba tiem-

po para dedicarse á la educacion de las niñas. El domingo siguiente, los vecinos del pueblo oyeron un vehemente sermon contra los ateos, anabaptistas, arrianos y otras gentes *ejusdem furfuris*, que querian introducir una escuela de trabajo en la poblacion.

En aquel momentó Zopyro se levantó y fué con aire triste y fatigado á apoyar el hocico en las rodillas de su ama.

—Amigo, ya te comprendo; dijo pasando la mano por el lomo del hermoso animal; vienes á prevenirme que ha llegado ya la hora de retirarnos. Buenas noches, señores, hasta mañana.

Los amigos se dieron la mano, y se separaron.

CAP. III.

EL AGUJERO EN EL CODO.

Al otro dia, Jorge volvió á comenzar su relacion en estos términos:

Conrado se consolaba de los disgustos de su corazon entre el reducido círculo de personas que se sentaban con él á la mesa. Pepita le escuchaba siempre con grande atencion, aprobaba vivamente cuanto decia, y le rogaba que le eligiese para maestra de su nueva escuela.

—No es bastante saber manejar la aguja, decia la señora Walter: nuestras aldeanas no saben ni cultivar su huerto, ni cuidar de su cocina: vamos á despedir á nuestros cocineros, y recibiremos en su lugar á las hijas de nuestros convecinos: yo seré su maestra en materias de horticultura y de cocina. En cuanto á lo demas, hay un medio muy fácil: una recompensa ligera, un sombrero de paja y un delantal nuevo, escitarán maravillosamente el celo, que conservarán el gusto del adorno y un poco de vanidad, porque sin la vanidad de las mugeres no espereis nada de los hombres: el amor de la hermosura es el orígen de cuanto bueno hacen. La belleza los suaviza: interesemos á su corazon halagándole por su parte mas débil, hagamos bonitas á nuestras aldeanas, y los aldeanos se trasformarán fácilmente.

Así se espresaba sobre este asunto la señora Walter con su amabilidad acostumbrada. Conrado dirigia de soslayo tímidas miradas á Pepita: esta las habia notado, y hubiera podido leer en su semblante cuán cierto era lo que decia su madre; pero parecia que no habia comprendido nada de aquella escelente plática: desenredaba una madeja de hilo haciendo caricias al grave administrador. Conrado jamas habia tenido semejante dicha; Pepita amaba al parecer al administrador, en el paseo se apoderaba de su brazo, y Conrado por lo comun ofrecia el suyo á la mamá.

Las escuelas de horticultura, costura y cocina, quedaron bien pronto organizadas. Las maestras eran infatigables, y las jóvenes de la aldea, en cuanto oyeron hablar de cintas encarnadas, sombreros de paja y delantales nuevos, quisieron llegar á ser maestras en economía doméstica. En vano se enfurecia el párroco con los arrianos; las jóvenes cosian, los niños se instruian, y todo iba perfectísimamente.

Solo Conrado no estaba bien: mientras todos los habitantes trabajaban en reparar los agujeros de los codos, él tenia uno enorme, y no sabia cómo taparlo. Desde entonces se alejó cuanto le fué posible de Pepita, y rara vez se aprovechó de los ratos de sociedad: los libros volvieron á recobrar para él su perdido atractivo: multiplicaba sus proyectos para mejorar las posesiones de su principal, y para sostener los derechos de Mr. de Wallenroth, siguió por sí mismo un litigio que le obligaba á ausentarse con frecuencia de Alleck. En fin, hizo cuanto estaba de su parte para restablecer el equilibrio; pero no consiguió su objeto mas que á medias.

(Continuará.)

VARIEDADES.

INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO II.

(CONTINUA.)

Cuando tal cosa decimos, no es nuestro ànimo, ni oponernos al progreso, ni negar las ventajas, ni rechazar la aplicacion de las ciencias naturales y exactas: al contrario, las admiramos en sí, celebramos los inventos y grandes descubrimientos que se han hecho; y si algo deseamos, si algo pedimos, es la gratitud para sus autores y la inmortalidad para sus nombres; y que esos inventos, esos adelantos contribuyan al mayor brillo de las artes, á la cultura de los pueblos, al encanto, á la belleza, y si se quiere, hasta al refinamiento de la moderna civilizacion. Porque al pasar al través del siglo XIX, jamas le daremos una mirada desdeàosa y de desprecio; y sí fijarémos nuestra vista, y sí elevaremos nuestra contemplacion á las grandes y monumentales obras que por do quiera se levantan, y que atestan su grandor, su poder, la animacion y la vida que es el carácter distintivo de esta época: porque tambien nos entusiasman, nos arrebatan esos caminos de hierro, esos telégrafos, esos barcos de vapor, esa maquinaria, esa rapidez en el comercio, esa celeridad en todas las comunicaciones, ese génio de actividad, de invencion y de trabajo que por todas partes corre, á todo se lanza, á todo se precipita: porque aunque dejarémos caer palabras frias y amargas sobre este siglo, por su espíritu disipado, y por su carácter ligero, que ha sustituido á la dignidad, á la magestad, y á la gravedad de los tiempos antiguos; aunque censuramos su indiferencia, ya que ha cesado el desprecio por las ciencias sublimes de la religion y del alma; tambien haremos justicia en lo que la merezca, tambien le rendiremos un homenage por lo que tiene de alto, de noble y sorprendente; tambien celebraremos sus maravillas, increibles en otros tiempos; tambien edtonaremos, si menester es, en obsequio suyo, un cántico de admiracion y de alabanza.

Hasta de ahora hemos hecho un breve y rapidísimo exámen de las doctrinas, ora considerada en sus diversas especias, y en la diferencia que entre sí las separa, ora atendida su relacion é influjo con la sociedad, de lo que especialmente nos ocupamos en los números anteriores. Y bien, preciso es saber su influencia actual, su influencia é imperio en los tiempos modernos, el ascendiente que tienen las doctri-

nas sobre esa civilizacion tan rica, tan variada, y sobre todo, tan deslumbrante y bulliciosa. Para ello, y á fin de que el cuadro sea completo, y el punto de vista tal como debe ser, despues de fijada la consideracion sobre las doctrinas en sí, necesario es fijarla tambien: primero, sobre el estado actual de la sociedad: segundo, sobre la situacion de los espíritud. Elevando el pensamiento á tal altura, es como alcanzaremos á ver y distinguir las relaciones verdaderas entre las doctrinas y los estados, y el grado de influjo que ejercen aquellas sobre la marcha de los pueblos y el espíritu de los hombres.

Las sociedades modernas vistas mayormente en aquella parte, que es en cierto modo el foco de luz, el centro de la civilizacion, y el punto de donde parte el movimiento general; como en Europa la Francia, y en la América los Estados-Unidos, presentan tres grandes caracteres, tres fases, que es preciso conocer y debidamente apreciar. Estos caracteres, en lo que concierne y atañe al objeto de que nos ocupamos, son: primero, la extension de conocimientos é ideas sobre la superficie social: segundo, el dominio de la inteligencia: tercero, la falta de autoridad.

El primer caracter que presentan los tiempos modernos en la axtension, la grande é inconmensurable extension de ideas, el derramamiento, digámoslo así, de conocimientos sobre la sociedad; fenómeno peregrino, espectáculo verdaderamente nuevo; ya que en ninguno de los tiempos pasados, ni en los estados antiguos, ni en las repúblicas griegas, ni en la romana, ni en el imperio, ni en la edad media, ni en la restauracion, ni en el mismo siglo XVIII, se descubre, se ve esa inmensidad de gentes que piensan, y que leen aun mas que piensan sobre todas las materias, especialmente sociales y políticas. Hechas algunas excepciones, la lectura liviana, si se quiere, rápida, con frecuencia inútil, si es que no perjudicial muchas veces, ya por el modo con que se hace, ya por la incomprensibilidad y elevacion de los objetos, es el alimento de todos los espíritus, es una necesidad, es el placer, el lujo de los tiempos modernos. No leen, y forman su juicio sobre los altos y sublimes estudios aquellos hombres, que consumen sus vigilias en el cultivo de las ciencias, y gastan su vida en la meditacion y el estudio, saliendo no pocas veces de dentro de su gabinete con la modesta duda y la tímida desconfianza; sino que leen tambien y dan su fallo las clases altas, las clases medias, hasta la clase proletaria, hasta las mugeres de cuyo seno salen no pocas escritoras, hasta aquellos mancebos, cuyos espíritus no estan nutridos, ni con el pasto de las ideas ni con el saludable jugo de la esperiencia.

No es dificil adivinar la causa de este hecho universal, y que tanto distingue las sociedades pasadas de la presente, ya en cuanto á la fisonomía que muestran, ya relativamente á los acontecimientos que se verifican. Helas aquí en nuestro entender. La imprenta, el periodismo, la democracia, la civilizacion, y aun mas que la civilizacion la cultura, que dorando é iluminando en otros tiempos los puntos mas altos de los estados, descendió lentamente de las clases altas á las medias, se derrama ahora sobre las clases bajas, se extiende y va cubriendo gran parte de las llanuras sociales.

En cuanto al periodismo; el hecho no puede ser, ni mas influente ni mas ostensible; así que, por lo que cumple á nuestro propósito, bástanos consignarlo aquí, puesto que le tenemos reservado algunas de las páginas de nuestro periódico, en las que, al paso que señalaremos su carácter, procuraremos descubrir las rápidas y continuas impresiones que causa, y los efectos que sobre la sociedad y los espíritus su acicion constante produce.

Inútil es probar que las tendencias democráticas de la Europa, que se de-

jaron ver enérgicas y poderosas, especialmente en la Gran-Bretaña desde el advanimiento de los Stuards al trono de aquel reino, y que acabaron con la expulsion de esa dinastia, y que se pronunciaron en Francia al mismo instante que Luis XIV descendió á la tumba, y que tomando de dia en dia creces, y siendo siempre mas récias é impetuosas, acabaron tambien con la rama primogénita de los Borbones; continúan aun vivas en nuestros tiempos, puesto que sus resultas son no menos generales que evidentes, y fácil es encontrar por do quiera señales de sus triunfos y de su poder.

Pues bien: cuando el espíritu democrático se inocula en las entrañas de la sociedad, cuando la democracia procura conquistar ó ha conquistado el mando, influye en los destinos de los estados, y goza de los beneficios de otras clases, la vereis comunmente que lee, la vereis que busca los principios que justifican sus pretensiones, y la enseñanza de los medios que pueden hacerlas realizables. Así los plebeyos buscaban y leian en Roma la ciencia del derecho, ciencia que en cierto modo era el instrumento del poder, y que daba mucha consideracion é influjo: así los republicanos de Milton y de Cromwel leian la Biblia, así los proletarios de Francia leen el Abate La-Mennais, así las clases bajas de la América del Norte leen los dogmas de igualdad y las utopias de reforma general que les enseñan y presentan los delirantes socialistas de aquel pais. Así vereis aquí, en esta misma capital, como la clase jornalera lee tambien y comenta á su modo, siquiera en los periódicos, en medio de sus faenas y numerosas reuniones, los derechos de asociacion y los principios de los gobiernos, celebrando á estos, censurando á aquellos, y fallando sobre materias incomprensibles no pocas veces á los hombres de mediano talento é instruccion regular.

Pasemos á exponer el otro carácter que presentan las sociedades modernas, al menos aquellas que derraman la luz y dan el impulso. Este, como hemos dicho, es el dominio de la inteligencia, hecho que señala una época hasta cierto punto nueva, y de la que no es fácil hallar un tipo que seguir y un modelo que imitar, ni en las naciones antíguas, ni en ningunas otras sociedades.

El poder y la inteligencia casi siempre han andado juntos enlazados por las mismas vias, y aunque ha habido épocas en que, quebrantándose el bello concierto y la dichosa armonía, que su union crea, la inteligencia y el poder se han dividido y hasta han luchado entre sí, épocas en que por esto mismo, por esta separacion sacrílega, han sido funestas, tristísimas, espantosas como el desórden, duras como la opresion, crueles como la tiranía; con todo, por el curso de los acontecimientos, por la influencia de los tiempos, por la fuerza de los desengaños, y sobre todo, por efecto de aquella ley providencial, que hace, que aun despues de los mas recios vaivenes y generales trastornos; aun despues de aquellos momentos, en que se eclipsa el órden en los estados y se anega la esperanza en los corazones; se asienten al cabo las cosas en su lugar, recobren las instituciones su nivel, y las sociedades su aplomo; la inteligencia y el poder se han acercado despues de su separacion, se han unido cuando estaban divididos; acabando con hacer paces, y darse, digámoslo así, un ósculo de conciliacion y amistad, ó porque el poder ha llamado así á su lado á la inteligencia.

Lós hechos en la história de los pueblos salen equí al paso, convibcentes todos y poderosos. Sin embargo, únicamects escoremos dos, que son en verdad dos grandes cuadros, y uno de ellos un espectáculo alto, grandioso, sublime, en medio de tantos espectáculos como nos ofrece el mundo, en medio de su riqueza y variedad.

(Continuará.)

FANTASIA.

UNA ILUSION.

(CONCLUYE.)

Vive, vive aun, que aun te restaaá alguna sagrada mision que cumplir en la tierra, pues que el Señor no te ha llamado á su seno, vive y no atentes contra el hilo de tus dias que solo es dado cortar al que generoso te los otorgó.

—¿Y de qué mision puede estar encargada mi triste é inútil existencia?

Mira, arroja una mirada á ese mundo que ahora gira bajo tus plantas. ¡Quiéres morir! ¿preguntas cuál es tu mision? Pues bien, mira: crees que no te alcancen dolores que mitigar, penas que adormecer, lágrimas que enjugar, suspiros y ayes á que procurar consuelo? Inútil apellidas tu existencia, porque conoces y envidias la de otro mundo mejor! ¡Ah! vive, vive porque te lo ordeno yo en nombre del Señor, y siempre á mis mandamientos sumiso fuiste.

—Mira, contempla; no ves aquel anciano que encorbado bajo el rudo peso de la decrepitud, sin mas sosten que su débil báculo, aterido de frio, cubierto apenas su mortal esqueleto de asquerosos arapos, se arrastra penosamente por el suelo en la mas cruel de las agonias? ¡Pues bien! aquel es una víctima de la ingratitud de los hombres; es un miserable despojo de la mas sublime de las grandezas, es el símbolo de las inconsecuencias mundanales. Fué un aplaudido héroe en su juventud, la veleidosa fortuna le abrumó con la profusion de los dones, y ahora, contémplale bien, es un héroe de sufrimiento y resignacion, es un mártir, y tú aun puedes ser su apoyo hasta que la yerta losa cubra para siempre su escasa sombra: aun tienes un deber que cumplir, un dolor que mitigar.

Mira, no ves aquella tierna vírgen que se deshace en lágrimas de amargura porque le falta hasta el agua que generosa brota del manantial, para humedecer compasiva los desecados lábios de su moribunda madre, que la tiende su pálida y descarnada mano implorándola con apagado y sepulcral acento? La vez á punto de sucumbir á la mas pérfida seduccion, á la seduccion que con vil tráfico comercia con las calamidades y miserias de la vida, por llevar al helado lecho de la autora de sus dias, la redoma que aun puede prolongar un momento su existencia, pues bien, esa virgen que quizá dentro de breves instantes solo te inspirará desprecio y repugnancia, hasta en el mas ardiente acceso de tus pasiones, aun puede ser amante apasionada, esposa feliz y madre tierna que cuidadosa se desvele por sus hijos. ¡Ah! Se su protector, aun puedes salvarla de la resbaliba pendiente del insondable torrente que ante sus ojos se presente, aun puedes salvarla del baldon, y el ultrage con que va precipitada á manchar su blanca y pura investidura, aun te resta un deber que cumplir, una pena que adormecer!

¡Ah! descubre el velo que cubre y empaña tu deslumbrada vista; mira aquel huérfano niño que llorando de puerta en puerta mendiga un asilo donde abrigar su inocencia, mira cual se lamenta porque el orgullo del poderoso le rechaza con depresiva sonrisa, porque le niega aun el pan acibarado de la odiosa serbidumbre, porque insulta la desgracia en su mas candorosa é inocente espresion. Pues ese niño, desvalido y sin consuelo, sin que adormeza su sueño, el calor del regazo maternal, sin tener quien esprese sus sencillar voluntades, ni á quien comunicar amoroso sus primeras impresiones, ese niño que pudiera llegar un dia en que su nombre repitiera la posteridad agradecida, por su valor, por su virtud, ó porque atrevido adivinara los arcanos que encierran las entrañas de la tierra, ese niño abandonado y sin amparo, crecerá sin direccion cual silvestre arbusto que nace en lo mas retirado de la selva, cual ignorado arroyuelo que gira sus cristalinas aguas á merced de su capricho, sin cauce que las contenga, y cuando desarrolladas sus naturales inclinaciones, sin el freno de la educacion, se desborden y adquieran forma, entonces, en lugar de un hombre á quien la sociedad eleve himnos de reconocimiento, deplorára quizá afligida sus inauditos crímenes, los referirá aterrada; y en vez de monumentos construidos para recordar su gloria, erigirá públicamente cadalzos para castigar sus vicios. Aun preguntarás cuál es tu mision. . . aun te quedan lágrimas que enjugar, ayes y suspiros á que procuaar consuelo! Rehusarás aun dar crédito á los lábios de tu *estrella!*

—No, nunca, nunca dudé de tu sinceridad; viviré, viviré sí, tanto cuanto haya un desgraciado que reclame mi auxilio y hasta que llegue venturoso el dia en que nuestras almas se reunan para toda una eternidad.

—De esa suerte te harás acreedor á impetrar la clemencia divina, mas atiende; aquí tienen su asiento las virtudes, la paz, la calma y la felicidad; allí bajo solo impera la vileza y la ruindad mas execrable, allí moran los vicios, la guerra, la ambicion y todas las misorias concentradas. Desciende de nuevo al mundo, mi desvelo te acompañará incesante, yo te cubriré con mi poderosa égida; mas guarda el confundirte con aquel cuyo desvelo cifra en enceder cruda guerra entre sus hermanos, con el ambicioso que sediento de honores y riqueza, aspira sin considerar los medios que emplea, á la posesion del ideal que le trazan sus designos; no te confundas, mira con aquel que jurando una eterna amistad, solo espera un momento favorable en que hundirte su puñal en el seno, con que prodigando su lisonjero lábio alabanzas sin fin, te vende sin piedad al primer advenedizo que le ofrece un puñado de oro.

Ves como se dibujan los imperceptibles contornos del tiempo, implacable anciano, que cual fantasma sutil, corre y surge contando las edades con su arenosa medida, ¿cuál gozoso señala las víctimas que á su paso le place arrebatar, y como al misántropo habitante de los sepulcros hacina con su fiera parca el fatal y destructor resultado del veloz espedicionario? Pues bien, aprende, aprende que el mundo todo es dezlenable, todo perecedero; aprende que el tiempo todo lo destruye, la muerte lo termina todo, y temerario aún, atentarás á los cortos y frágiles dias de tu vida? aún. . .

—No ya nada; á tu lado renace mi valor, tu celestial acento me eletriza, quiero vivir sí, quiero vivir y á los infaustos hados desafio, que si contra mi daño conjuran sus maléficos génios, tu desde el cielo me alentarás, me inspirarás fuerza para resistirlos y perseverancia para vencerlos.

—¡Desciende mísero mortal! no profanes con tu presencia las divinales mansiones; esclamó una voz tan terrible como el eco de la trompeta que ha de llamar al último juicio.

—Lo oyes, descender al mundo te ordena el Señor.

—No, ton pronto no, aun un momento.

—¡No! ¡A Dios! Su gran misericordia te protege; tu feliz *estrella* vela por tí.

—¡Ah! en vano huirás sin que antes te estreche una vez entre mis brazos, sin que por la última escuche tu dulce acento, sin que mis lábios impriman en tu candorosa frente el sello de mi amoroso respeto, de mi delirante frenesí.

—¡Huia! demente corrí por alcanzar su leve sombra, y cuando creia estrecharla contra mi seno, cuando iban á tocar mis lábios su alabastrina mejilla, el horrísono estampido del true-

no sacudió fuertemente la ventana de mi aposenso, y abriéndose hirió mi cabeza bañada de copioso sudor.

Desperté, corrí ann tras la fantástica imágen que veian mis ojos, caí al suelo, lancé un grito, y al abrirlos nuevamente ante la luz de los que acudieron en mi socorro, conocí con amargura que soñaba, que todo fué una ilusion, una ilusion menos. . . una ilusion perdida.

SIÓNO.

CAP. III.

EL AGUJERO EN EL CODO.

(CONTINUA.)

Parecia que Pepita apenas estrañaba su áucencia; permanecia como siempre con él atenia y fria. Su madre y ella hablaban de un viage á una poblacion muy distante en cuanto llegase la primavera; y Pepita pensaba en él con visible júbilo: Conrado aparentaba aporbarlo. Un dia recibi ónna carta la señora Walter; por la nocehe se arregló ol equipage, y se fijó la marcha para la mañana siguiente.

—¡Tan facil os es, querida Pepita, ddjar á nuestro pacífico Alleck?.... le dijo Conrado.

—Alleck se encuentra para mí en todas partes, le contestó sonriéndose.

—Lo creo asi: sinduda os parece que no merece la pena de pensar en nosotros.

—Eso no la decís seguramente con veriedad. Mecuesta mucho sentimiento abandonar mis flores y mi escuela; ¿pero qué son cuatro semanas? He prometido traer alguna cosita de gusto á la mas aplicada de mis discípulas.

—¿Y que me dareis á mí? añadió tomando la mano de la jóven, y estrechándola entre las suyas al tiempo mismo que fijaba en ella sus miradas.

Ella le respondió riéndose:

—¡A vss, Mr. Eck? si cuidais mis flores, tendreis una regadera nueva.

Dichas estas palabras se fué dando saltos, y Conrado quedó confundido. Despidiose de la señora Walter, y luego salió al uampo para no presenciar la marcha de Pepita.

En su camino solo veia á la naturaleza y á la risueña primavera, como á través de una niebla: todo era para él inanimado é insignificante: el árbol no presentaba á su conturbada vista mas que un pedazo de madera verde: el ruiseñor no era mas pue un pájaro silbador, y el lago rodeado de bosques y colinas por la parte del mediodía, mas que un gran depósito de agua: le parecia que el mundo no tenia frescura ni novedad, cual si fuese un vestido viejo: la poesia misma no era capas de exaltar su imaginacion tanto como hubiera desead:o encontraba á los cantores de la naturaleza un poco fastidiosos, y á los del amor locos.

"¡Ah?. . . repetia á meuudo, la causa de todo esto se halla en ti mismo.... ¡Conrado!. . . . ¡Conrado!. . . . . Tú tienes en el codo el mayor agujero de este mundo. . . ." Conocia su mal perfectamente.

Aquellas cuatro semanas le parecieron cuatro años; ma- por fin volvieron Pepita y su madre. Conrado se habia propuesto mirarla con una indiferencia igual á la suya, y aquella resolucion habia difundido una especie de calma en su corazon. ¡Pero aquella linda jóven estaba mas encantadora que nunca, y manifestaba tanto gozo por haber regresado á Alleck!. . . Dirigió á Conrado una mirada en la que descubria toda su alma, le alargó furtimavente la mano, hizo lo mismo con el administrador que salia de la casa para ayuderla á bajar del carruage, se arrojó á su cuello, lo abrazó y comenzó á llorar.

Conrado observó todo aquello rápidamente, y puedó absorto: deslizose

hasta su corazon una cosa ardiente, abrazadora como un veneno.

Una mañana, cuando toda la familia estaba tomando el desayuno, entró en la habitacion un correo estraordinario que enviaba con una carta el banquero Schmid. Conrado so pnso pálido al leerla, sus amigos le miraban silenciosos, porque ignoraban lo que le hacia mudar de color. Despidió al correo, se subió á su cuarto, se encerró en él, y no se presentó en la mesa al medio dia. La señora Walter le llevó la comida, como él habia pedido, para no interrumpir su trabajo. Entró pausadamente, y aunque no hizo pregunta alguna, se notaba en sus facciones un poco de inquietud.

Conrado comprendió aquel lenguaje, y tomó la mano de la esclente y bondadosa señora.

—Marcho mañana al rayar el dia, le dijo, viene á Alleck un nuevo juez. Os doy mil gracias por vuestra amistad. . . no puedo decíros mas ahora.

—¿Qué?. . . ¿nos dejais, esclamó la señora Walter: acaso para siempre?. . .

—Probablemente.

—¡Gran Dios!. . . ¿Por qué? . . . Mr. de Wallenroth puede. . .

—No me pregunteis mas en el dia...

La señora Walter se retiró taciturna y llorosa: Conrado prosiguió su trabajo. Habia tomado su resolucion: conocia en la ciudad á un jóven jurisconsulto de mucho talento, y le eligió por su sucesor, previa la aprobacion de Mr. Wallenroth. Deja por escrito instrucciones detalladas sobre los asuntos pendientes al nuevo juez y al administrador, y al ponerse el sol empaquetó los objetos que le parecieron indispensables porque se proponia hacer un viage á la India.

Mr. Schmid le embiaba una carta que Mr. Marbel le habia escrito desde Benarés: en ella le decia que habia sido despojado de sus bienes, á los que tenia derechos indisputables: que su posicion era la mas apurada: que no podia ni pagar un abogado para seguir el litigio, ni vivir en semejante situacion: que ya hubiera regresado á Europa; pero que le faltaba dinero para el viage; y que aun cuando se hallaba con deseos de trabajar, era ya demaciado viejo y estaba muy débil y poco familiarizado con la lengua inglesa. Rogaba, pues, á Mr. Schmid, que se informase del paradero de Conrado Eck, á quien habia educado; que le hiciese saber su triste suerte, y le dijese que su única esperanza se cifraba en él. Mr. Schmid, le escribió, pues, preguntándole si iria á reunirse con Mr. Marbel, seguir su litigio, y prolongar los dias de un anciano con su trabajo corporal ó intelectual: y que en caso de que se decidiese á partir, estaba autorizado por Mr. Marbel para suministrarle el dinero necesario para el viage, á buena cuenta de los doscientos luises que le habia entregado para su establecimiento.

"Es posible, (así concluia la carta) que Conrado no venga: tal vez no podreis descubrir en donde se encuentra, ó quizá ya no exista. Entonces os suplico que os compadezcais de mí, recordeis nuestra antigua amistad, y me envieis algun dinero; con poco tengo suficiente para el corto número de años que me restan de vida."

A este triste carta, añadió Mr. Schmid, algunas líncas que decian en sustancia:

"No os inquieteis, mi querido juez, por la suerte del buen Marbel, pues haré cualquier cosa en su obsequio, aun cuando no sea mas que por nuestra antigua amistad. No digo que dejeis á Allek para correr á las Indias en busca de ese anciano (¡quién sabe si le allareis con vida!) á sostener un litigio infructuoso, y á proporcionarle con vuestro trabajo de carpintero los medios de que carece. No concibo como ese buen hombre se ha atraido estas desgracias. Ahora debe tener sesenta y uno ó sesenta y dos años: las pesadumbres y los negocios frustrados le habrán verosímilmente envejecido. Lo que sobre todo os impide el acceder á sus deseos, es el tratado

que habeis celebrado con Mr. de Wallenroth, que en este momento se encuentra en Ratisbona, en donde probablemente permanecerá hasta el dia 29 del corriente. Con él debe arreglarse este negocio, porque solo él tiene el derecho de dispensaros de vuestros deberes: un hombre de honor, como vos, jamrs falta á su palabra. Hasta tanto, os será fácil enviar á Mr. Marbel algun dinero, y estoy pronto á remitírselo en una letra de cámbio girada á Benarés. Si tal es vuestro ánimo, os suplico me indiqueis la suma que le destinais, porque no hay que perder un momento. Al mismo tiempo podria decir á Marbel que ignoro vuestro paradero, y esta escusa seria suficiente. . . .

¡Mr. Schmid! esclamó Conrado con lánio tembloroso y los ojos llenos de lágrimas; ¡Mr. Schmid! sois un malvado á la moda, y un hombre vil, bajo un aspecto engañoso, como lo son la mayor parte de las gentes virtuosas de nuestros dias. Soy el hijo de Marbel. soy se deudor, puesto que él me ha hecho hombre. Ea Conrado, marcha á la India, ve á socorrer á tu padre.

Conrado puso al administrador al corriente de los negocios mas iddispensables, para que no sufriesen retraso con su precipitada partida.

—Voy á Ratisbona, le dijo, para despedirme de Mr. de Wallenroth, y rogarle se sirva nombrar otro juez.

Cuando Conrado entró en la habitacion comun, la señora Walter derramaba copioso llanto, y Pepita se hallaba sentada en uno de los ángulos, triste y silenciosa.

—¿Os hallais decidido irrevocablemente? preguntó la señora Walter.

—Seguramente, me es preciso partir, y quizá para siempre. Marcho á la India.

—¿A la India?. . . esclamó la señora Walter.

Y al momento Pepita se puso pálida como la muerte, se le cayó la calceta, y sus manos quedaron yertas sobre sus rodillas.

Cenrado, demasiado dominado por la idea de la desgracia de su padre, no fijó la atencion en la jóven, no la vió semejante á una azucena doblada, apoyada sobre un canapé, sin fuerza, sin voz, sin lágrimas, fijando en él sus ojos lángnidos y moribundos. Conrado repasaba en su memoria sus relaciones con Mr. Marbel, las desgracias de su bienhechor, el pernicioso consejo de Mr. Schmid, y su resolucion de cumplir con su deber hasta el último estremo

—¡No es verdad? decia para sí: seria un monstruo si permaneciese en Alleck, aun cuando estuviese aquí el mismo cielo, y la muerte allá abajo.... en el fondo de los mares. . .

—Eso es arriesgarse sobre manera, decia el administrador.

—No, contestó la señora Walter sollozando, está bien hecho. . . pero tal vez apresurais demasiado la ejecucion de vuestro proyecto. Si lo retardaseis, aunque no fuese mas que un dia, el mejor consejero suele ser la noche...

Y fijó sus miradas en Pepita, cuya palidez iba cada vez en aumento. Esta reunió las pocas fuerzas que le quedaban, y esclamó con penetrante acento.

—Mamá, mama, no afijais mas su corazon; es preciso que parta: es preciso: no puede quedarse, . .

Conrado se encerró en su cuarto, se tendió sobre la cama, y la fiebre lo tuvo desvelado toda la noche. Al rayar el dia, se detuvo á la puerta de la casa el carruage que debia conducirle, y los habitantes de la aldea corrieron en tropel y le rodearon para ver y bendecir todavia otra vez á su bienhechor. En el transcurso de un año Conrado se habia hecho amar de todos: era un amigo para cada uno; habia hecho en secreto mas bien del que se creia. Entonces referian por paimera vez, con lágrimas en los ojos, cuantos remedios habia proporcionado aquí á los enfermos, y allá vestidos á los que estaban desnudos, pan á los hambrientos, y servido de fiador á los deudores apremiados al pago. (*Continuará.*)

VARIEDADES.

INFLUENCIA

DE LAS DOCTRINAS

SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO II.

(CONTINUA.)

Sabido es lo que aconteció con la inundacion de los bárbaros, al comenzar los primeros tiempos de la edad media. Ese fuerte y espantoso huracán, ese soplo helado y terrible, venido de las regiones del Norte, apagó todas las luces de la sociedad civil, que en la debilidad del imperio, y en la agonía y languidez de la civilizacion romana, iban ya lentamente estinguiéndose. Los hombres huyen, digámoslo así, azorados de tan horrible catastrofe, corren de una parte á otra, para no sepultarse en aquel terremoto europeo: las instituciones, las artes, todo el rico caudal que los Estados contenian, queda abandonado al torrente devastador de los conquistadores. Solo una sociedad llena de ardor y de celo, que en medio de sus contratiempos y desgracias, naciente pero robusta, jóven pero gallarda y dotada de prevision, recoge con presteza y se lleva con afan el fuego sagrado, procurando conservar dentro los claustros, y en lo interior de los monasterios salvados del primer ímpetu, la llama del entendimiento humano, débil y moribunda en medio del siglo, No busqueis la inteligencia en los Estados y naciones, no busqueis los restos dorados de la caduca pero brillante civilizacion romana: por do quiera hallareis señales de destruccion y de barbarie; por do quiera vereis la huella sangrienta que ha dejado al pasar el hijo nervudo del Septentrion. El orgullo feroz y la brutal ignorancia triunfantes, sentados en el poder, en medio de un desórden profundo y de un desquiciamiento inmenso; he aquí lo que nos ofrece la negra época que plumas tan brillantes han descrito, y que nosotros no hemos hecho mas que indicar.

Pues dejad que trascurran algunos tiempos, y vereis á esos hombres que con el ascendiente de su poder moral habian logrado ablandar algun tanto la dureza de los conquistadores feroces, y que se habian llevado las ciencias y conocimientos en sus santos asilos, siquiera para conservarlos y trasmitirlos despues como un precioso depósito á la posteridad; dejad que transcurran algunos tiempos, y vereis á esos hombres en los concilios, los vereis en los parlamentos, los vereis junto á los tronos, los vereis en medio de la nobleza, los vereis en el seno del pueblo, los vereis influyendo en la sociedad,

los vereis dirigiendo el mundo. Ellos ademas de su virtud, eran mas inteligentes y sábios, que las demas clases del Estado, rehundidas en las tinieblas y agitadas en el caos. Por esto necesariamente mandaron, y la accion de su poder fué igualmente legítima que eficaz, no menos general que saludable; ya que es una ley de la humanidad confirmada por la historia, que la grosería se someta á la cultura, la barbarie á la civilizacion, y que la ignorancia acabe por rendir parias y prestar homenage á la inteligencia y al saber.

Una clase existia sepultada en las profundidades y abismos de la anarquía feudal. Grande por su número, escasa por su importancia, oscura por su orígen, baja por su nacimiento, humilde por su profesion, azotada por la nobleza, levantada por mano de los reyes, sostenida por el clero, colocada insensiblemente en un campo mas vasto y elevada en una posicion mas alta; que por medio de los conocimientos que adquiere y de la fortuna que penosamente hace, empieza á respirar de la opresion que la ahogaba, se siente con bríos, y va cobrando siempre mas fuerzas, y que despues de mucho tiempo y al través de mil revoluciones sociales, llega el siglo XVIII con una pujanza, con un grandor, con un orgullo, que inspira vivos recelos á las mismas clases de las que algun dia fuera esclava, y que pretende ser señora; que habla con altivez á los monarcas, y mira con desprecio á los nobles; que amenaza primero y acaba por destruir las mismas instituciones á cuyo lado se arrimara, cuando era débil y sin defensa, para que le sirviesen de proteccion y de escudo. Esta clase es la clase media.

Un concurso de circunstancias que seria difícil esplicar y largo de desenvolver, han llevado á esta clase como por via de aluvion una gran suma de luces, y un precioso caudal de conocimientos humanos. En su totalidad representa la inteligencia, ya que la inteligencia vive y especialmente se alimenta en su seno, ya que de dentro ella salen los hombres mas ilustrados y esclarecidos. Dirigid la vista sobre la tierra, desparramad vuestras miradas sobre una gran parte de la Europa; ¿qué clase especialmente influye sobre los pueblos? La clase media, los hombres nacidos en la clase media.

Si en Inglaterra hay todavía una nobleza llena de recuerdos altivos y de pretensiones exageradas, robusta de sí y grandemente poderosa para detener el movimiento y cortar el ímpetu que se dirige á la abolicion de sus fueros y de sus antiguos privilegios, es que la nobleza de la Gran-Bretaña, aunque feudal en su orígen, no lo es especialmente en sus caractéres; es que se ha asociado mas ó menos al espíritu y civilizacion de los tiempos modernos; aquella alta aristocrácia es rica é inteligente, y posee por lo tanto los títulos mas hábiles del poder, y tiene los medios que dan ascendiente en la sociedad y aseguran el dominio de las naciones.

Queda, pues, sentado como un hecho inconcuso, que en donde han morado la inteligencia y el saber, allí han gravitado y allí se han acercado, allí han ido á parar mas ó menos tarde el influjo y el mando; como que hay entre esos poderes el poder sobre las naciones y el poder de la inteligencia, una accion oculta, pero viva, pero eficaz, pero constante, como que tienden á unirse por una especie de atraccion, incomprensible acaso y misteriosa, mas que en realidad existe, y cuya fuerza, admirable juego y utilísimas resultas, se dejan ver, así en el corazon de las pequeñas familias, como en el seno de los grandes Estados.

Fácil es conocer lo que mas ó menos tarde sucederá en esta España, inundada de amarguras, y que despues de tantas oscilaciones y vaivenes como ha sufrido para lograr la paz de los espíritus, la conciliacion de sus intereses, la armonía de todos los derechos, el natural sosten y equilibrio de todos los poderes, se ve ahora condenada,

como para devorar un nuevo infortunio y la última de sus humillaciones, á presenciar el grande escándalo que le ofrece el actual é impío divorcio entre la inteligencia y el poder. Sí: la inteligencia ha sido lanzada de todos los puestos, de los escaños del mando, del parlamento, de la magistratura, se la ha despojado de sus nobles atributos, se la ha impedido el ejercicio de sus augustas funciones; mas ella no ha renunciado á sus derechos, ni puede renunciar aunque tal cosa intentase: la inteligencia murmura, protesta en su destierro, se exhala en justas quejas, brama por medio de la prensa, se insurrecciona, digámoslo así, y no hay que dudarlo, el porvenir es suyo, irremisiblemente suyo. Hoy grita desde el fondo, y dia ha de venir en que volará á la cumbre del Estado. Estos son los destinos que acá en el mundo le ha señalado la Providencia; así lo hallamos escrito en el gran libro de la historia y de la humanidad.

Mas dejemos tan tristes y lúgubres consideraciones, y apartando la vista de esta tierra de desolacion y de infortunios, elevémosla otra vez á la contemplacion y exámen de la sociedad en general; ya que nuestra España, que parece estar fuera de la ley comun, como escluida ahora de la civilizacion universal, y que merced á algunos acontecimientos funestos, lejos de adelantar, velozmente retrocede, ha de participar tambien de su benéfico espíritu, avanzando por la carrera de la perfeccion.

La inteligencia en otros tiempos influia, pero no siempre mandaba; que bien se conoce la diferencia que hay entre el influjo y el mando, entre lo que es efecto del ascendiente que se obtiene sobre los espíritus, y lo que se realiza por el ejercicio del poder. La inteligencia estaba junto á los tronos, se acercaba á las instituciones, ya para sostenerlas, ya para ser protegida y amparada por ellas. Hoy empero, la inteligencia se levanta sobre las instituciones mismas, las forceja, las da movimiento, las comunica impulso, y cuando le place las detiene. Ya no se contenta con ser una modesta consejera; ya no se limita en dirigir amonestaciones y avisos á los reyes, en hablarles en voz mas ó menos alta, pero siempre respetuosa y humilde; sino que poseida de fiereza y orgullo, les impera, les exige, les amenaza, anuncia sus derechos, proclama en alta voz su soberanía, y tiene en cierto modo un sólio propio, independiente, encima de los sólios de los príncipes y de los monarcas. El trono de Luis XIV era un trono circuido de sábios, y junto al que, al paso que el arte desplegaba todas sus riquezas y sus pompas, despedia la inteligencia los mas vivos y gloriosos resplandores. El trono de Luis Felipe era un trono circuido de sábios tambien, y al rededor del cual se agrupaba asimismo toda la inteligencia de la Francia, tanto para sostenerle en los recios vaivenes de las tormentas revolucionarias, como para que su existencia fuese grandemente útil al estado, y contribuyera en los paises estrangeros su brillo y alto prestigio al respeto ó la importancia del nombre francés. Sin embargo, ¡qué diferencia, qué pasmosa diferencia entre el siglo XVII y el siglo XIX; entre el trono de los Borbones y el trono de Orleans! *El Estado soy yo*, habia dicho Luis XIV, en el desvanecimiento y arrogancia que le inspiraban su dignidad y poder. *El rey es un esclavo coronado*, ha dicho con un triste pero profundo convencimiento su amigo y entusiasta Enrique Fonfred.

De lo que se echa de ver, que la inteligencia no manda únicamente en su propia morada, que no solo se la adora en sus templos y en sus tabernáculos, como en los liceos, academias y establecimientos de enseñanza, alcanzando su benéfico influjo á todas las clases del Estado; sino que manda tambien con orgullo, con energía en los palacios de los príncipes, en los cuerpos políticos, en todas las asambleas; en una palabra, en la sociedad.

Y cuenta que el hecho que indicamos y cuyos efectos es imposible desconocer, no nace meramente de las formas políticas, si bien que confesamos que contribuyen mucho á la realizacion de tal fenómeno. Las causas de este hecho se hallan en el seno de los Estados: en el corazon de la sociedad es donde germinan, y por esto el hecho es social, enteramente social, mostrándose sus resultas verdaderas, y sus tendencias mas ó menos encubiertas en gran parte de la Europa.

El exámen que hacemos de los principales caractéres que presentan las sociedades modernas, es necesario ciertamente para conocer y adivinar el grado de influencia que sobre ellas ejercen las doctrinas. Este artículo se ensancha, y es preciso señalarle límites.

(*Continuará.*)

SIÓNO.

CAP. III.

EL AGUJERO EN EL CODO.

(CONTINUA.)

Cada padre de familia creia que él y los suyos eran á quienes Conrado mas habia querido y favorecido; á todos les habia guardado el secreto, y solo el sentimiento comun que producia su marcha, les habia devuelto el uso de la palabra.

Cuando Conrado entró en el comedor para sentarse por la vez postrera á la mesa, encontró á la señora Walter y al administrador deshechos en amargo llanto. Sirvieron el desayuno, y Conrado procuró distraer su pesar. Pronto ya para partir, fué el primero que se levantó, estrechó silenciosamente contra su corazon á sus dos amigos, les recomendó se acordasen de él, y salió. No tuvo ánimo para preguntar por Pepita; pero al separarse de la señora Walter volvió á tomarla la mano, y le dijo con voz cortada por los sollozos:

—¡Suplicad á Pepita me conserve en su memoria!. . . .

Salió de la casa y se dirigió al carruage; el administrador y la señora Walter seguian sus pasos. Toda la poblacion, oprimida por el dolor, lloraba, suspiraba y levantaba las manos hácia su amigo. Conrado, ya enteramente turbado, y deseando combatir su emocion, subió de un salto al carruage, é iba á mandar partir, cuando vió á Pepita pálida, con los ojos hinchados de llorar, y con la espresion del mas indecible dolor; despues se cubrió el rostro con las manos, y volvió á entrar en la casa precipitadamente. . . .

—¡Ya es media noche!. . . . esclamó el coronel. que por casualidad habia sacado su relox; creia que apenas serian las diez.

¡Las diez!. . . . eso seria demasiado tarde para que se acostase un enfermo, dijo María con tono de autoridad doctoral. Buenas noches, y hasta mañana.

CAP. IV.

EN DONDE SE VUELVE A ENCONTRAR UN AMIGO.

Sin duda os acordais, dijo Jorge al dia siguiente á los amigos reunidos, de la tristeza de Conrado al emprender su marcha. Habia caido en el fondo del carruage, que el postillon guiaba lentamente por en medio de la multitud. Insensible, y apoyado en uno de los rincones, cruzaba los brazos sobre su pecho, como para conservar en él el amor y el pesar, en tanto que el coche, no encontrando ya obstáculos, se alejaba con rapidez de Alleck.

Por la tarde llegó á W. . . y al punto corrió á casa de Mr. Schmid. Este se manifestó contento y sorprendido al verle.

—Os traigo yo mismo la respuesta á vuestra carta.

—¿Y qué habeis decidido?

—Marchar á la India. Debo demasiado á mi padre: seria maldecido si le dejase abandonado á la miseria, viejo y achacoso. ¡Qué desesperacion seria la de este virtuoso anciano, si viese que tendia en vano las manos hácia mí!. . . .

—Está muy bien, mi querido Eck; pero no debe hacerse nada sin reflecsion: un viage á la India no es un paseo. ¿Quién os responde de que llegareis allá?. . . . ¿Encontrareis buque?. . . . ¿no podeis morir en el camino. . . . y vuestra nave estrellarse ó irse á pique?. . . .

—Es posible: pero cumpliré con mi deber: ademas, tomaré precauciones.

—Muy bien; pero si el leal y honrado Marbel, que ya es muy viejo, ha muerto antes que llegueis á Benarés, ¿de qué os serviría este viage al rededor del mundo? ¿De qué os serviria el abandonar vuestra carrera y sacrificar vuestro porvenir?

—No perderé mi carrera: la que yo sigo se llama deber. . . . ¿retrocederia como un cobarde?. . . . No: viviré; soy jóven. Dejadme partir, os lo ruego. Dadme una letra de cambio por todo mi dinero contante, y si de buena voluntad quereis añadir alguna cosa para Mr. Marbel, me hareis un señalado servicio: yo me constituyo personalmente responsable de la suma, y os la devolveré con los intereses que exijais, aunque para ello tenga que trabajar como un presidario. . . .

—Está bien, está bien; pero hablemos con un poco de sangre fria. A Marbel le es seguramente indiferente el volveros á ver ó recibir bastante dinero para proseguir su pleito y regresar á Europa: dinero, y está contento: vos le seriais completamente inútil. Ahora, decidme, ¿cuánto pensais que debo añadir á lo que le destinais? en el dia es mas fácil hacer que las letras de cambio lleguen á Inglaterra, que los hombres; seguid mi consejo.

—No, caballero Schmid, no puedo. Seré mas útil á mi padre que mi dinero y el vuestro. Se encuentra viejo y débil, y necesita el apoyo de un hijo que le ame, que le defienda y le sostenga. En semejante posicion, un amigo es mas precioso que las barras de oro, y una palabra de consuelo es mas eficaz que todos los servicios de las gentes mercenarias. No hablemos ya mas de este asunto: mañana parto para Ratisbona, entrego mis cuentas á Mr. de Wallenroth, hago dimision y le doy las gracias: es un hombre activo, y no opondrá obstáculos á mi marcha. ¿Quereis manifestaros amigo mio y de Mr. Marbel? Dadme, os suplico, una recomendacion firmada de vuestra mano: ya he experimentado cuán eficaces son para Mr. de Wallenroth.

Mr. Schmid le miró largo tiempo en silencio. Conrado, bien decidido ya, se encontraba de pié delante de él, y se conocia que lo que acababa de decir era la espresion de su corazon. El mismo banquero pareció por algunos instantes conmovido con la energía de tanto amor y reconocimiento. . . pero en seguida trató por nuevos medios de disuadirle de su empresa.

—¡Es inútil!. . . gritó Conrado. Si hubiera debido adoptar otro partido, no me hubieran faltado razones para ello. Amo á una jóven encantadora (ya conoceis á la señorita Josefa Walter): en el momento mismo de nuestra separacion he sabido que no le era indiferente: sin embargo, mi deber es preferible á mi felicidad. Así, señor Schmid, mi letra de cambio, mi letra de cambio! . . . deseo partir cuanto antes para Benarés.

Mr. Schmid no pudo contener las lágrimas al oir espresarse á Conrado de aquel modo.

—¡Venid á mi corazon!. . . . Envidio á Marbel semejante hijo, semejante amigo. ¡Cuántos padres son menos afortunados que él?. . . . Tendreis la letra de cambio que deseais, y no encontrareis ningun impedimento por parte de Wallenroth. Yo mismo quiero acompañaros á Ratisbona.

Conrado se quedó un poco sorprendido de la repentina mudanza de Mr. Schmid. Hay, decia entre sí mismo, hay pues en cada hombre, sea cual fuere el género de vida, aunque se haya endurecido en los trabajos del banco como una piedra, ó secándose como una momia, hay una chispa divina que no se apaga jamas, y que sin duda proviene del mismo soplo que nos anima. La naturaleza primitiva concluye por despertarse en nosotros con toda su energía: el *debe* y *haber* mercantil no la puede ahogar, los sistemas teológicos no la pueden falsear, la diplomacia y el arte de los campamentos aniquilarla: se halla allí. . . . indestructible. Ahora bien, nuestra naturaleza primitiva es la divinidad. . . . ¡Cuán hermoso es el ser hombre!. . . .

Conrado ya no volvió á acordarse ni de la carta del banquero, ni de los consejos que le habia dado de viva voz: le perdonó todas aquellas miserias que son otras tantas traiciones desfiguradas contra la naturaleza humana, pero que suceden en la vida comun; y le abrazó segunda vez, porque el principio noble, que llamamos romancesco en nuestro lenguaje usual, existia todavía en él, como tambien la grandeza de alma que admiramos tanto en los hombres de los tiempos antiguos, y que de la vida real ha pasado á la poesía.

A pesar de la impaciencia de Conrado, Mr. Schmid retrasó la marcha cerca de ocho dias.

—No habia pensado de modo alguno en acompañaros, decia el banquero; y sin embargo, ahora es preciso: mis negocios son muy numerosos para que pueda confiarlos toda una semana á manos estrañas; pero mucho menos puedo separarme de vos. Mr. de Wallenroth ha recibido una carta mia: sabe que vamos á marchar, y nos aguarda.

—Pero, decia Conrado suspirando, cada dia aumentan los peligros del Oceano, y el malestar de un anciano desgraciado.

Por fin llegó el dia de la partida; tomáron caballos de posta y subieron al coche. El viejo Mr. Schmid, amigo de sus comodidades, no quiso viajar de noche, y Conrado perdia el reposo y la paciencia. Mientras Mr. Schmid roncaba, escribia un diario destinado probablemente á Pepita, á quien queria enviarlo antes de abandonar las playas de Europa y hacerse á la vela para Benarés.

Llegaron á Ratisbona, y Mr. de Wallenroth no estuvo visible el primer dia. Conrado no esperaba nada bueno, porque no dudaba que el señor de Alleck recibia siempre al banquero. Todo aquello podia muy bien ser un plan concertado entre ambos: es cierto que Mr. Schmid volvió por la noche con somblante sereno; pero hasta esa misma tranquilidad le era sospechosa á Conrado.

Por fin, el segundo dia Mr. de Wallenroth envió á los dos amigos un recado convidándolos á comer. Conrado insistió en que fuesen pronto, porque en caso de que su principal le pusiese algun obstáculo, estaba resuelto á desaparecer aquella misma noche sin importunarle mas.

Mr. de Wallenroth le recibió muy bien. Despues de los cumplimientos acostumbrados, Conrado esplicó con una vivacidad febril la causa de su llegada y la necesidad de su dimision: presentó sus cuentas y dió algunos pormenores acerca de lo que pasaba en Alleck.

—Habeis, le dijo Mr. de Wallenroth, cumplido cuanto me prometisteis, y aun encendido mis deseos, menos la última cláusula concerniente á la señora Walter: esa muger escelente es muy desgraciada. . . y vos sois. . .

Conrado se puso encendido como un ascua.

—¿Yo?. . . .

—Antes de ayer he recibido una carta suya: en ella me manifiesta el cariño que os profesan en la poblacion, y lo sensible que para todos ha sido vuestra pérdida: me habla ademas de una jóven y amable hija suya, llamada Pepita, que se va consumiendo como el aceite de una lámpara. . . .

(Continuará.)

ARIOSTO.

Ludovico Ariosto abrió sus ojos al mundo por primera vez en Módena, el dia 8 de Septiembre de 1474; su padre era un noble caballero de la corte de Ferrara que sirvió en su juventud de mayordomo al duque Hércules I, y que desempeñó distintas embajadas en las cortes de Roma y Francia. Ludovico fué el primero de diez hermanos que tuvo, y desde su niñez empezó á mostrar hasta en los mas pueriles juegos de la infancia, su pasion por la poesía y sus brillantes disposiciones; componia tragedias que representaba con sus hermanos, y entre otras hizo la de *Piramo y Tisbe.* Distinguióse estraordinariamente en un colegio de Ferrara donde estudió, y apenas adolecente, pronunció para la apertura del curso una elegante alocucion que hizo concebir las mas bellas esperanzas. Su padre le obligó á que emprendiera el estudio de las leyes, y le aconteció lo que á todos los hombres y poetas de génio; miraba con aversion la aridez de los libros que tratan de legislacion, y se dedicaba sin gusto, sin aficion y sin capacidad á una carrera que tanto se oponia á su natural inclinacion. Por fin, despues de cinco años consiguió el paternal permiso para entregarse á su favorita pasion, á la poesía. Tenia entonces veinte años, y se dió á conocer por sus bellas composiciones líricas italianas y latinas, del Cardenal Hipólito de Este, hijo del duque Hércules; aficionóse al trato de Ariosto, y como reconoció en él otros talentos especiales á mas del de poeta, le colocó á su lado en calidad de gentil-hombre suyo y le encomendó diferentes comisiones delicadas; tambien Alfonso hermano de Hipólito, y que le habia sucedido en el ducado, continuó dispensándole su proteccion.

En este tiempo fué, y en la corte de Ferrara, cuando Ariosto, rodeado de placeres y de distracciones, terminó al cabo de diez años su obra inmortal, el *Orlando furioso.* Comenzó la impresion en 1515, y la publicó en 1516; la compuso en cuarenta cantos muy distintos de los que han llegado á nuestra vista; pero era tan superior respecto de lo que hasta entonces se habia publicado en este género, que elevó su reputacion poética al mas alto grado, eclipsando la de todos sus rivales. Se vió Hipólito en la necesidad de marchar á Hungría, donde le llamaban negocios de la mayor importancia; quiso que Ariosto le acompañara, y habiéndose escusado éste con lo débil de su salud, insistiendo en permanecer en la corte, le retiró su gracia el cardenal, considerando como ofensiva su resolucion.

Permaneció Ariosto en Ferrara; pero en una situacion bastante lamentable en cuanto á fortuna, y aunque el duque Alfonso le admitió á su servicio y era generoso y desprendido, nunca le recompensó como merecia.

En 1522 le nombró gefe de una parte montuosa y salvage de sus Estados, infestada de salteadores y malhechores, reliquia de las facciones que habian agitado al pais; y Ariosto consiguió en poco tiempo reconciliar los espíritus y atraer los ánimos á la sumision mas completa. Aquí fué donde le ocurrió una aventura con un gefe de bandidos llamado Pacchione, que prueba mejor que todo cuan grande

era la estimacion que le profesaban y el afecto que supo grangearse.

Viajando el poeta con otros seis ó siete subalternos suyos que como él iban á caballo, llegaron á un paso peligroso, y habiendo apercibido sentados á la sombra de unos árboles á una partida de hombres armados que les parecieron sospechosos, trataron de desviarse de ellos lo mas aprisa que les fué posible. Cuando se iban alejando, el gefe de la partida detuvo al último que se quedó de los que acompañaban al poeta, y le preguntó quién era su amo. Tan pronto como dijo que Ariosto, corrió Pacchione á saludarle respetuosamente pidiéndole perdon de no haberle hecho honores á su paso, y añadiendo que tenia la mayor satisfaccion en ofrecerle sus servicios y tributarle el mas vivo homenage de admiracion.

No estaba satisfecho Ariosto con la primera publicacion de su Orlando, no obstante el crédito que obtuvo en Italia y las repetidas ediciones que de él se hicieron, y se empleaba sin cesar en corregirlo; hizo distintos viages para recoger el consejo y la opinion de los hombres mas esclarecidos de su época, y aprovechándose de sus avisos y de sus críticas, lo publicó de nuevo en 1532, adicionado considerablemente, en cuarenta y seis cantos, y tal, en fin, como se encuentra hoy. Al improbo trabajo que le exigió esta última edicion de su poema, se atribuye la enfermedad que al cabo de ocho meses de padecimientos le ocasionó la muerte á los cincuenta y nueve años de edad, el 6 de Junio de 1533; su cuerpo fué sepultado sin pompa ni aparato en la antigua iglesia de San Benito, como espresamente dejó ordenado. Durante cuarenta años permanecieron encerradas sus cenizas bajo una humilde losa, donde no se veia otro símbolo de su gloria que los versos latinos é italianos de los poetas que visitaban su tumba. En 1573 un noble ferrarés discípulo de Ariosto, hizo erigir á sus espensas en la nueva iglesia de los monges Benedictinos, un sepulcro de mármol, al que trasportó con sus propias manos los restos del gran poeta el dia mismo en que se cumplia el aniversario de su muerte. Cuarenta años despues, un nieto suyo hizo construir á su memoria un monumento mas suntuoso que el primero, y en que no se sabe qué admirar antes, si la hermosura de los mármoles, la belleza de las estátuas y de las alegorías, ó el buen gusto y elegancia de la arquitectura; las cenizas fueron nuevamente trasportadas á este.

Ariosto era de elevada talla y proporcionadas formas, sus facciones eran regulares, gustaba mucho de pasear á pié, y las distracciones del ánimo que padecia, le condujeron muchas veces mas lejos de lo que proyectaba ó tenia de costumbre. Así fué que en una apacible mañana del estío salió de Carpi para hacer un poco de ejercicio, y llegó á Ferrara sin advertirlo él mismo, y en trage de bata y chinelas. Su conversacion era amena y su carácter franco, sin que por eso faltara nunca á la mas esquisita urbanidad; pues sus maneras y modales eran distinguidos. Sus biógrafos han convenido todos en que se hallaba dotado de las mas bellas cualidades sociales, no tenia orgullo ni ambicion; leia pocos libros, pero eran escogidos; trabajaba poco tiempo seguido, desconfiaba mucho del mérito y valor de sus producciones, corregia sus versos y los estaba corrigiendo siempre sin cesar. El cultivo de las flores era, por decirlo así, su *manía;* cuidaba sus jardines como sus versos, no dejando nunca de sembrar, plantar y trasplantar; apreciaba muchas veces como preciosas las yerbas mas comunes, y las miraba colorarse con una alegría casi infantil; mas aun tenia otro gusto mas pronunciado, que era el de variar la disposicion de los aposentos de su casa, é hizo grabar sobre el dintel de la portada este dístico latino:

Parva, sed apta mihi, sed nulli obnoxia, sed non Sordida. parta meo sed tamen ære domus. (*S. C.*)

VARIEDADES.

INFLUENCIA
DE LAS DOCTRINAS
SOBRE LA SOCIEDAD.

ARTICULO III.

(CONTINUA.)

Mr. Bonald ha dicho: *la primera autoridad es la de la razon, y la última razon es la de la autoridad.* Frase igualmente profunda que verdadera, que expresa el enlace que hay entre la autoridad y la razon, y la necesidad que de ambas tienen, así el hombre como la sociedad.

Pues otro de los caractéres que señalan este siglo, causa á la vez de la anarquía en las ideas, del escepticismo en los espíritus, de la flaqueza en las instituciones, del desconcierto en los estados, y que produce el desasosiego, el malestar y esa enfermedad gravísima que trabaja las sociedades modernas, es la falta de autoridad.

Y entiéndase que no hablamos de la autoridad en cuanto consiste en el poder material, azorada por lo comun y dispierta, que sujeta y no convence, encadena el cuerpo, mas no reina en el espíritu, que se hace temer, pero no respetar, y sí de aquella otra autoridad que es el poder moral por escelencia, suave, fácil de ejercer, que se duerme confiado en brazos mismos de los subordinados, ese poder, símbolo del órden, representante de todas las ideas grandes, lleno de magestad y de vida, y ante el que, valiéndonos del pensamiento de un escritor ilustre, se inclina la cabeza sin que el corazon se abata.

Examínese el estado, la familia, el individuo, obsérvese lo que pasa en el órden intelectual, en el moral, en el social, en el religioso, en el político; en todos esos círculos, en todas esas regiones en que la autoridad es llamada para ejercer sus derechos y usa de su poder; y siempre echareis de ver su falta, y siempre descubrireis un grande esceso de independencia individual.

Ora se considere aquella autoridad creada por el saber y la esperiencia, que anda por lo comun cubierta de canas, grave de suyo y respetuosa, ora se considere la que nace de una alta posicion social, ó la que se presenta con las insignias mismas del poder, ya se atienda á la que se levanta en el seno de las familias, espresion de todas las ideas sencillas, la mas antigua de todas; siempre se descubrirá que la autoridad, cualquiera que sea su índole y orígen, quebrantada por el ímpetu del siglo, humillada por el orgullo de la independencia individual, escarnecida no pocas veces por la multitud,